

incurrir en su desgracia. En todos los lances en que concurrieren tus ventajas temporales y tu conciencia, ponte delante la consecuencia de la pérdida de un Dios, y coteja con ella la de ese interés temporal, y no te será difícil concluir á quién se debe la preferencia.

2. Acuérdate que se pierde á Dios para siempre por un solo pecado mortal, cuando se muere en este pecado. Trae frecuentemente á la memoria, y repasa esta terrible verdad, y haz que halle lugar en todos tus negocios y en toda tu conducta: todos tus temores deben reducirse á la triste aprehension de morir en pecado mortal. No te contentes con tener horror al pecado, tenle á cuanto puede ser ocasion de cometerle; y en todos los accidentes adversos de la vida, en la pérdida de un pleito, de la hacienda, de la salud, del favor de los grandes, consuélate con este pensamiento tan sólido y tan verdadero: Con tal que no pierda á Dios, nada importa que pierda todo lo demás; con tal que yo posea á Dios, lo he ganado todo.

DIA QUINCE.

LA OCTAVA DE LA INMACULADA CONCEPCION DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

La octava de una fiesta no es otra cosa que el intervalo de aquellos ocho dias seguidos que emplea la Iglesia en celebrar la fiesta de algun santo, ó misterio, que se celebra con mucha solemnidad. Estos ocho dias no son sino una continuacion de la misma fiesta, segun el lenguaje de la Iglesia, la misma celebridad, la misma misa, el mismo oficio; y como este último dia es como el sello y la cerradura de toda la

fiesta, por eso es casi tan solemne como el primero. Esta religiosa ceremonia la ha tomado la nueva ley de la antigua. El primer dia, dijo Dios á Moisés, hablando de las fiestas que se debian celebrar, será muy célebre y muy santo: no haréis en él obra alguna servil: *Dies primus vocabitur celeberrimus, atque sanctissimus; omne opus servile non facietis in eo* (1). Ofreceréis holocausto al Señor en estos siete dias. El octavo será muy célebre y muy santo, y ofreceréis un holocausto al Señor, porque es un dia de asamblea, y no haréis en él obra alguna servil: *Dies quoque octavus erit celeberrimus...* La Iglesia dispensa en este dia octavo por lo que mira á la cesacion del trabajo, mas no por lo que toca á la oracion y á la devocion: aunque la celebridad sea menor, no lo debe ser la devocion interior; y como el dia de la octava es la consumacion de la fiesta, desea la Iglesia que este último dia reuna, por decirlo así, y perfeccione todas la gracias que se hubieren recibido en los ocho dias. Así el rey Salomon, cuando hizo la dedicacion del templo, no despidió al pueblo hasta el dia octavo: *In die octava dimisit populos.*

El Hijo de Dios autorizó esta especie de solemnidades viniendo todos los años á Jerusalem á celebrar por ocho dias la fiesta de la Purificacion del Templo y la de su renovacion (2); como tambien á la que se llama de los tabernáculos ó tiendas (3), á la que no vino una vez hasta la mitad de la octava; y el último dia de la octava, que era el mas solemne, fué cuando Jesucristo dijo en alta voz que si alguno tenia sed acudiese á él, y bebiese; como si hubiese querido darnos á conocer cuán pronto está á derramar sobre nosotros los tesoros de sus gracias en el último dia de la fiesta, y cuán ventajoso puede ser el dia de la octava para los

(1) Levit. 25. — (2) Joan. 10. — (3) Joan. 7.

que le celebran con devocion. No se duda que este rito se observa en la Iglesia desde el tiempo de los apóstoles como se ve por las Mneas de los Griegos.

Solo las grandes fiestas tienen octava. Las de la santísima Virgen son demasiado célebres en toda la Iglesia, y sobre todo la de su inmaculada Concepcion, para no tener octava. Es demasiado gloriosa para la Madre de Dios, y muy interesante para los fieles, para que no excite la devocion y el zelo de sus hijos; y pues la Iglesia quiere que el oficio de este último día sea el mismo que el del día de la fiesta, ¿no es muy debido que en él demos á la Virgen el mismo culto, y con el mismo fervor?

La conclusion de las mayores solemnidades es, por lo comun, mas provechosa que el discurso de la festividad. Las liberalidades del monarca son ordinariamente mas abundantes y mas fáciles de conseguir en el día último: las gracias y los favores son quienes coronan y dan fin á las mas grandes fiestas; y los que se han distinguido mas por su magnificencia y por su zelo durante la alegría de las fiestas públicas, no piden inútilmente cuando se retiran. Por eso tambien en el último día de la octava se debe renovar el fervor y la devocion, y multiplicar las súplicas y peticiones.

La devocion á la santísima Virgen está tan autorizada en la Iglesia, que no hay verdadero católico que no reconozca su utilidad, y no la mire como una de sus primeras obligaciones. La iglesia griega y la latina están conformes en este punto, porque el cisma nada ha alterado en cuanto á él. Así en el Oriente, como en el Occidente, se hacen públicas peticiones á la Virgen, se celebran con solemnidad fiestas á honra suya, se consagran templos á Dios bajo su advocacion, se exponen sus imágenes en los altares, y se la invoca en el sacrificio. Nada establece mejor una

verdad que esta conformidad de los Griegos con nosotros, en vista de la propension que tienen á discordar y apartarse de nosotros. El sentimiento de los padres griegos, como se ha podido ver, es conforme al de los padres latinos por lo tocante á la inmaculada concepcion. La devocion á la santísima Virgen, la confianza en lo que puede con Dios, en su bondad para con los pecadores, en su proteccion, en su misericordia, es de todos tiempos. Unos y otros hemos recibido esta doctrina de nuestros padres por una tradicion constante de todos los siglos desde Jesucristo hasta nosotros. Los Griegos del día de hoy tienen los sentimientos, por lo que mira á la devocion á esta santísima Madre de misericordia, que tenían san Atanasio, san Gregorio Nazianzeno, san Cirilo, san Juan Damasceno, san Crisóstomo, san Basilio; del mismo modo san Bernardo nos ha conservado y transmitido estos sentimientos como los habia recibido de san Ambrosio, de san Agustin, de san Ildelfonso y de los otros padres de aquellos primeros tiempos. Cuando no tuviéramos otras pruebas de que esta tradicion viene de los apóstoles, sino la fuerza que tenia ya en tiempo del concilio de Efeso, es decir, el año 430, ¿se podria dudar de ello razonablemente? El consentimiento de los sabios, del pueblo, de los santos, de la cabeza de la Iglesia y de todos los prelados que el orgullo, la parcialidad, la cabala, el interés no habian corrompido; el ardor de todos los católicos, no solo en defender el dogma particular de que se trataba, sino en ensalzar tanto mas las grandezas, la santidad y los insignes privilegios de la santísima Virgen, cuanto el espíritu de error los atacaba con mayor malignidad; el zelo en hacer de ella los mas frecuentes elogios, en edificarle templos magníficos, este zelo tan vivo, tan universal, tan constante, ¿podia tener otro fundamento que una tradicion esta-

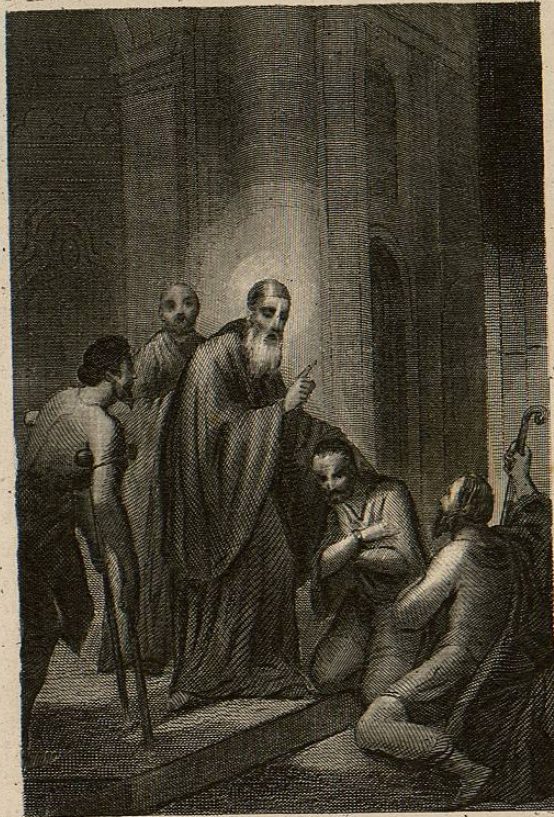
blecida, que cada día se ha ido fortificando mas, y que no ha sido combatida sino por aquellos que la Iglesia ha arrojado de su seno?

El consentimiento unánime de todas las naciones en honrar con un culto particular á la santísima Virgen, es tambien una prueba bien sensible de su excelencia y de su grandeza; porque ¿cómo era posible que pueblos tan distantes, de costumbres tan diferentes, hubiesen podido por tantos siglos convenir en este punto, si no hubiesen mirado á María como mucho mas elevada por su dignidad y por su mérito que el resto de todos los hombres y ángeles? Los templos consagrados á honra suya en todos los siglos y en todos los países del mundo, ¿no nos deben mover á darle el culto que le es debido?

Jacobo de Valencia, obispo de Crisópolis, explicando estas palabras: *Beatam me dicent omnes generationes*: todas las generaciones me llamarán bienaventurada, refiere un hecho que muestra la veneracion y aprecio en que los mismos infieles tienen á la Madre de Dios. Cuenta que en el pontificado de Juan XXII un hijo del rey de Armenia vino á Aviñon, residencia entonces de los sumos pontífices. Como su designio era ver todos los ejercicios de la religion cristiana, asistia á todas las ceremonias de religion. El día de la fiesta de la inmaculada Concepcion asistió á un sermon, en que el predicador pareció querer probar que María habia sido concebida en pecado. El jóven principe, que tenia un entendimiento muy despejado, y era muy hábil é inteligente, se escandalizó tanto del sermon, que, sin aguardar mas, se salió de la iglesia con el firme propósito de volverse á su tierra: quiso despedirse del sumo pontífice, quien, sorprendido de una partida tan arrebatada y pronta, le preguntó la causa. Me voy, santísimo padre, le respondió, porque no puedo aguantar el modo tan injurioso

T. 12.

P. 436.



SANTO DOMINGO

DE SILOS.

con que he oido hablar públicamente de María; y me atrevo á asegurar á vuestra Santidad que si hubiese alguno entre nosotros, aunque somos mahometanos, que se atreviera á hablar así de María, seria sin remedio apedreado.

Se asegura que en los archivos de Nuestra Señora de Chartres se halla que Prisco, rey de Chartres, mandó hacer cien años antes del nacimiento de Jesucristo la imágen de la santísima Virgen que se ve el día de hoy en la iglesia de Nuestra Señora, y que la hizo llevar por los sacerdotes de los Galos á la gruta en que hacian sus sacrificios con esta inscripcion: *Virgini paritura*: A la Virgen que ha de parir; habiendo tenido noticia de este misterio por los oráculos proféticos de las sibilas. De esta gruta se hizo despues una iglesia por san Ponciano ó Potenciano, y pasa por la iglesia mas antigua de Francia, dedicada á honra de la santísima Virgen. La iglesia de Nuestra Señora del Puy no le cede ni en veneracion ni en antigüedad: la mayor parte de las catedrales de este reino están dedicadas á la santísima Virgen, y el número prodigioso de las otras iglesias, bajo el mismo titulo, denota bastantemente cuál ha sido en todos tiempos la tierna devocion de nuestros padres á la santísima Virgen. Se cuentan en sola la ciudad de Roma cuarenta y seis iglesias dedicadas á honra suya; y todos los paises del mundo están llenos de antiguos monumentos de esta religiosa piedad para con la Madre de todos los fieles.

¿Qué se deberia pensar si se hallasen espíritus siempre dispuestos á hacer nacer dudas sobre las grandezas de la santísima Virgen, y sobre sus mas ilustres prerogativas, ocupados siempre en buscar falsas razones para hacernos sospechoso nuestro culto y nuestra devocion, para desacreditarla y para extinguirla á fuerza de estrecharla? Despues que los

primeros hombres de nuestra religion se han agotado, y han empleado todo el caudal de su saber en publicar las grandezas de la santísima Virgen; despues que han perdido las esperanzas de hallar términos proporcionados á la sublimidad de su estado, á la santidad de su inmaculada concepcion, á la perfeccion incomprendible de su pureza y á la gloria inmensa de su triunfo en la Jerusalem celestial; despues que san Agustin, en nombre de todos, ha confesado su insuficiencia, y protestado altamente que le faltaban expresiones para dar á la Madre de Dios las alabanzas que le eran debidas: *Quibus te laudibus efferam, nescio*; ¿tendrá alguno atrevimiento de decir que teme excederse en sus alabanzas? ¿se atreverá alguno á reprobar ciertas prácticas y actos de devocion tan religiosos, tan útiles á todos los fieles, tan santos, como son rosarios, escapularios, congregaciones? Es verdad que á proporcion que los fieles se han pervertido, se ha adelgazado demasiado sobre la simplicidad del culto. La devocion á la Madre de Dios es un medio muy eficaz para conseguir la salvacion, y así no hay que admirar que sea tan combatido por el enemigo de ella. No hay otros que los herejes, que se hayan desencadenado contra la multiplicidad de fiestas que se celebran á honra suya, contra el número infinito de templos y de altares consagrados á Dios bajo su nombre, contra tantas prácticas establecidas por la Iglesia para fomentar nuestra devocion á la santísima Virgen. Vos, santísima Madre de Dios, vos sois el escollo contra el cual se han estrellado todos los errores, y lo seréis siempre: vos sola habeis triunfado de todas las herejías; apenas se ha formado alguna en el cristianismo que no os haya hecho la guerra; pero no ha habido una que no hayais vos confundido, y de que no hayais triunfado: *Cunctas hæreses sola interemisti in universo mundo.*

Introduciendo san Agustin á Jesucristo hablando á los maniqueos, que no querian honrar á la Madre de Dios, le hace decir estas palabras: *Esta que desprecias, maniqueo, es mi madre, y fabricada por mi mano.* Siendo esto así, ¿quién puede dudar que no la haya formado toda pura, toda hermosa, adornada con la justicia original, y con las mas resplandecientes virtudes, enriquecida de todos los tesoros del cielo, y colmada de todas las gracias? *Si hubiese sido manchada con el pecado original cuando yo la formé, yo tambien hubiera podido mancharme naciendo de ella.* De donde debemos concluir que, como este divino Hijo fué quien formó á su Madre, no le negó nada de cuanto podia contribuir á su excelencia, á su perfeccion y á su dignidad. La escogió, dice san Bernardo; pero formándola él mismo tal como convenia á su honor, á su santidad, á su propia gloria, no menos que á la de su madre. ¿Qué bien hubiera parecido que aquella sangre que se unió á la divina, hubiera estado un solo instante manchada con el pecado, y bajo la tiranía del demonio? No era decente que la Madre de Dios estuviese ni por un momento en desgracia de Dios. Una Virgen escogida para destruir al pecado, de ningun modo debia estar sujeta al pecado. No hubiera sido honra del Hijo de Dios, que el santuario en que debia habitar, sirviese de posada á su principal enemigo. Finalmente, su amor le obligaba á usar con su madre de toda su misericordia; y no hubiera usado de toda, si no la hubiera preservado de la caida mas profunda, y del golpe mas mortal, teniendo en su mano el medio infalible y pronto de preservarla. Este medio, felicísima Virgen, era rescataros, no sacándoos del estado del pecado, sino impidiendo el que cayérais en él: de este y no de otro modo teneis parte en la redencion del divino mediador que debeis dar al mundo. Este Señor es nuestro

Salvador, porque rompe nuestras cadenas, y nos saca de la esclavitud; pero lo es vuestro, porque os conservó siempre en una santa libertad. Es nuestro Salvador, resucitándonos á la gracia; lo es vuestro, conservándoos siempre la vida de la gracia. Es nuestro Salvador, purificándonos; lo es vuestro, eximiéndonos de toda mancha. Finalmente, es nuestro Salvador por via de reparacion; y lo es vuestro por via de proteccion. Este segundo medio es tanto mas excelente, cuanto la gracia es el bien mas precioso, y el pecado es el mal mas temible. Pero es justo que el cielo os haya privilegiado, formándoos para ser un dia ensalzada á la mas alta dignidad que hubo jamás ni puede haber; y no es menos justo que toda la tierra publique este insigne privilegio, que fué el origen de todos los favores que habeis recibido: es justo que toda la Iglesia honre este primer instante de vuestra vida, en el cual fuisteis mas santa, que todos los santos juntos lo fueron al fin de sus dias: es justo que todos los fieles celebren con una particular devocion y con una singular alegría una fiesta que ha sido el principio de todas las otras, y que, sirviendo como de base á todas las otras gracias de que fuisteis colmada, ha venido á ser tambien como el principio de nuestra dicha.

SAN EUSEBIO, OBISPO.

San Eusebio, uno de los mas brillantes ornamentos del órden episcopal, y uno de los mas célebres, mas fuertes y mas zelosos defensores de la fe católica contra los violentos ímpetus de la herejía arriana, fué natural de la isla de Cerdeña, donde su familia era muy respetable y distinguida, tanto por su antigua nobleza, como por sus considerables bienes.

Luego que murió su padre, quien dicen algunos que sufrió una larga y penosa prision por sostener la religion cristiana durante la persecucion del emperador Diocleciano, su madre llamada Restituta pasó á Roma con el objeto de que se instruyese el niño en las letras humanas y divinas, á favor del reposo que hizo gozar á la Iglesia el Grande Constantino despues de tantas tormentas con que la afligieron los principes paganos.

Como Eusebio se hallaba dotado de un ingenio vivo, claro y penetrante, de un corazon noble y generoso, y de una inclinacion como nacida para la virtud, unidas estas bellas prendas á una incansante aplicacion al estudio, hizo en muy breve tiempo admirables progresos en las ciencias humanas, y mayores en la de los santos. Incorporado en el clero de la iglesia de Roma, ascendió por los grados prescritos en los cánones á los órdenes sagrados, y dió á conocer en todas sus funciones su relevante mérito y las raras cualidades con que Dios le habia adornado para el ministerio sacerdotal, acreditando sobre todo con pruebas prácticas el ardoroso zelo que abrasaba su corazon por la defensa de la fe católica contra la herejía arriana, que procuraba manchar alevosamente el dogma mas sacrosanto de nuestra santa religion.

Cuando vivia Eusebio respetado y aun venerado en Roma por la inocencia de su vida, por sus irreprehensibles costumbres y por la justificacion de su conducta; dispuso la Divina Providencia que pasase á Verceci, ciudad hoy comprendida en el Piamonte, donde luego se dió á conocer por sus eminentes virtudes y por su sobresaliente ciencia. Vacó por aquel tiempo la cátedra episcopal de Verceci, y como los naturales habian concebido tan alta idea de nuestro santo, fué proclamado por todo el clero y pueblo, en términos que, viendo los obispos comprovinciales